

Los trabajos de Barrett, no eran risueñas aceptaciones de la situación, ni social, ni política, ni económica, aun cuando se trataba de un extranjero. Y en ese artículo mencionado, se refería a la pobreza en que se hallaba sumido el trabajador, y a la gran desigualdad en el reparto de la economía. Fue ése el tono en que siguió escribiendo cuando se instaló en el Paraguay, pero sin la virulencia inicial, mucho más sosegadamente, puesto que los conocimientos adquiridos le concedían base suficiente como para expresarse con claridad y con un mínimo de agresividad conseguir llegar al objetivo perseguido.

Los diarios por los que pasa en Asunción, son *Los sucesos* y *La Patria* en 1906, en este último firmó a veces con el pseudónimo de «Teobaldo». Al año siguiente colaboró con *El Diario* y la revista *Rojo y azul*, y fundó otra revista, de neto carácter anarquista, *Germinal*, que fue donde publicó duras críticas a los explotadores del pueblo, y que le valieron cárcel, primero, y expulsión del país, después. Ya en esos años, había publicado su ácido trabajo «Lo que son los yerbales», en el que señalaba las condiciones inhumanas en las que trabajaban los indios, y la gran mortandad que había a consecuencia de la mala alimentación y la falta de médicos. Fue la publicación de este reportaje, el motivo inicial de una seria fricción que determinó persecuciones y su salida del Paraguay.

En Montevideo, ya dentro de 1908, trabajó para el diario *La Razón*, y gozó de la confianza del director y de los intelectuales uruguayos de aquellos años. Fue entonces, cuando sus artículos interesaron a un editor, Bertani, quien publicó su primer libro en 1910, poco antes de que marchara a Europa, bajo el título de *Moralidades actuales*. Los artículos que llenaban las páginas de este libro habían aparecido, no sólo en el diario montevideano, sino en varios otros como *El Tiempo* o *Germinal*.

El común denominador que recorre las páginas de todos los libros de Barrett que contienen artículos o crónicas, es el del crítico irrefrenable, el del hombre de aguda visión, que le permite penetrar al fondo del asunto y no quedar en la periferia. Así, por ejemplo, su artículo «Dos palabras sobre el anarquismo», en el que sin defender la violencia, demuestra que «somos hijos de la violencia» y lo que se precisa es la violencia fecunda y no la estéril. Argumentando con firmeza y contando con el respaldo de una innegable solidez cultural, llega a demostrar que las razones que impulsan al pueblo a la violencia están motivadas por otra violencia, la del poderoso, que se manifiesta a través del despotismo, el abuso, la injusticia.

No toda la obra de este escritor está basada en el aspecto político, sus conocimientos de arte, sus continuas lecturas de autores europeos, y su atención permanente a los acontecimientos en el Viejo Mundo, le llevan a escribir sobre libros; sobre pintura o sobre el comportamiento de famosos intelectuales. Es por lo tanto una obra extensa y rica en contenido, que no en vano ha sido elogiada por hombres como Blanco Fombona o Enrique Rodó. Y que en algunos casos ha sido comparada con la de Larra.

Solamente una mínima mirada sobre los titulares de sus artículos, nos puede dar una pauta de lo proficuo de su quehacer periodístico y, tal vez, del pensamiento que brota de cada uno de esos breves trabajos. En su primer libro, *Moralidades actuales*,

encontramos titulares como «Diplomacia», «La conquista de Inglaterra», «Marruecos», «La guillotina» o «La independencia de Cataluña». En «El dolor paraguayo», hallamos «Revólver», «La poesía de las piedras», «Mujeres que pasan» o «La tortura». En uno de sus libros más célebres, *Mirando vivir*, nos encontramos con «Champagne y ruleta», «Rockefeller», «Clemenceau», «Pío X» o «En el Louvre». Y en libros posteriores se recogen sus trabajos sobre arte y literatura, como «Mujeres de Ibsen», «Gorki y Tolstoy», «Sobre Vargas Vila y el decadentismo» o «La torre de marfil».

Narrar, vivir y soñar

No solamente cuenta historias que pueda dictarle su experiencia, tanto la del dandy y gran jugador de finales del ochocientos, como las del viajero, periodista y asceta de la primera década del XX, nos encontramos con impresionantes avances con respecto al surrealismo, puesto que se ha de calcular que Barrett escribió todas estas historias entre 1903 y 1910 y que, lo más probable sería que las hubiere producido hallándose en el Paraguay que fue el país que le permitió instalarse y crear un hogar, a pesar de todas las vicisitudes que debiera pasar después.

En la obra narrativa de Barrett,⁷ encontramos el cuento estrictamente realista al lado del que se escapa de la lógica cotidiana.

Tratar de catalogar a Barrett como romántico, realista o naturalista, resultaría tarea ímproba, porque su narrativa contiene todas esas corrientes literarias en diversas proporciones y otros ingredientes más (modernismo, incipiente surrealismo) convirtiéndola en un curioso receptáculo variopinto, y logrando con ello una extraña fuerza que sustenta a todo el conjunto de relatos.

Hay que considerar que Barrett escribió su obra narrativa estando ya en América Latina, y que por lo tanto puede tomársele como un escritor de esas tierras. Es también cierto que por tratarse de un profesional formado entre Francia y España, y ser hombre que desde muy joven se había inclinado hacia las letras, algo podía haber llevado de Europa a la América hispana.

Evidentemente, por sobre sus obsesiones, como son la muerte y el amor, y sus aproximaciones al naturalismo, o sus insoslayables rezagos románticos, se aprecian dos claras actitudes en su cuentística: la realidad rotunda aunque no siempre expresada bajo los mismos moldes; y la fantasía o lo irreal. Dentro del conjunto de relatos que podríamos llamar apegados a la lógica normal, puede hallarse también variedad. Acentos románticos, naturalistas, realistas, van apareciendo de relato en relato. Como, también, entre los fantásticos será posible encontrar los terroríficos, los delirantes, como aquella anticipada forma de surrealismo que se percibe en un solo cuento.

⁷ Sus cuentos fueron publicados póstumamente bajo el título de *Cuentos Breves (Del Natural)*, por D. M. Bertani Editor, Montevideo 1911. El volumen contiene 35 piezas entre narrativa, aforística y lo que él llamó «Epigrafitas», breves diálogos casi teatrales. Aunque Barrett publicó otras narraciones en vida, y se asegura quedaron inéditas varias más.

Si en sus artículos periodísticos se detecta con facilidad su interpretación de la vida, y su consideración del papel que debe jugar el hombre, así como se le nota decidido en la intención de procurar un cambio en el pensamiento de la sociedad, en la narrativa ese espíritu se aprecia, más que atenuado, discontinuo. No es un insistente martillar sobre determinados temas o formas de comportamiento, sino una pausada reflexión sobre diversas situaciones angustiosas —por lo general— a las que se ve enfrentado el ser humano.

La realidad

Dentro de los cuentos que reflejan lo cotidiano sin la más mínima intromisión de lo imaginativo, hay media docena que pueden señalarse como los más representativos y aun en ese exiguo número, se hallarán claras diferencias entre unos y otros. *De cuerpo presente* y *El maestro*, sin apartarse de la realidad, ofrecen una visión grotesca, caricaturizada de la vida. Hay un humor denso y amargo que no nos deja ni siquiera sonreír, sino que nos empuja hacia zonas de angustia, o nos enfrenta con lo doloroso que es el vivir —o el morir— para muchos seres. Es en *De cuerpo presente* donde lo predominante resulta la anécdota y el tratamiento que Barrett da a ese velatorio, en el que de pronto los chicos de la casa descubren que le han crecido bigotes a la muerta, con lo que nos aproxima a lo esperpéntico de Valle-Inclán. La burla o la maldad infantil se entremezcla con la dolorosa realidad.

Pero esta amalgama de sentimientos está provocada por algo nimio, baladí, y sin embargo el efecto que puede causar es enorme. No alcanza la altura del mejor Valle-Inclán, pero está ahí, muy claramente, la huella de don Ramón. Se puede decir lo mismo, en el caso de *El maestro*, ese pobre hombre que es el hazmerreír de los alumnos y que ni aún después de muerto lo dejan descansar, porque no sabiendo que ya había dejado de existir le colocan una rata muerta sobre la almohada. Nuevamente es lo anecdótico lo que destaca, y su tratamiento contiene esos componentes agrios que brotan del contraste de la alegría frente al dolor.

Por el contrario, cuentos como *El Perro* o *Los domingos por la noche*, nos sitúan ante un narrador que utiliza historias galantes, y procura eliminar todo, o buena parte, del acíbar que contenían los cuentos anteriores. Pero entre estos dos cuentos últimos, también se puede hallar diferencia. Mientras *Los domingos de noche* es una estampa madrileña, *El perro* nos está mostrando lo muy impregnado que lleva en su memoria su estancia en Francia, o sus lecturas de autores franceses. La anécdota del primero tiene jaspes terroríficos, a la manera de Poe, pero destaca la intención erótica. En *El Perro*, por el contrario, todo discurre en un ambiente recargadamente burgués, y el personaje central no es ninguno de los amantes, sino justamente un perro, que con su inesperada indiferencia hacia el amante, con quien había trabado gran amistad, lo salva de ser descubierto por el marido engañado. Ese toque de humor, de gracia, hace que este cuento represente como un descansillo en medio de un abigarrado conjunto de historias donde lo tétrico o lo angustioso tiene prioridad. Y, por otra parte, si se observa la vida del autor, se justifica que la gran mayoría de sus narraciones sean amargas, y

resulta sorprendente que haya escrito unas en las que el ambiente se halle tan distante del que él tuvo o gustó de frecuentar, encontrándose en América Latina, un mundo más bien humilde, de trabajadores, y un comportamiento en que las aventuras extraconyugales parecían ser repudiadas. Hay, por lo tanto, en ese cuento, evidentes reminiscencias de su estancia en Francia o de los años de dandysmo madrileño.

Otros dos cuentos que, dentro de la línea de lo real, merecen ser considerados, son: *Del natural* y *La madre*. A diferencia de los cuatro anteriores, en estos dos transitan evidentes elementos naturalistas. Un naturalismo que bien pudo haber captado o estudiado ya en América Latina, o que conoció en Europa, leyendo a Zola o a Maupassant, y que se aprecia en la insistencia con que se describe un ambiente sórdido, depresivo, en ambos casos hospitalares. El derrotismo que subyace en las acciones y el pensamiento de los personajes centrales. La guerra declarada a los prejuicios. *La madre* se inscribe dentro de una línea de protesta, es uno de los cuentos más audaces de Barret, no por la forma, sino por su intencionalidad, el espíritu que defiende. Esa madre que estrangula a su hijo, convencida de que la vida es más dura que la muerte, y aún más, el autor no la presenta como una exacerbada, sino que defiende esa tesis, al mostrar una madre abnegada, infinitamente tierna. En «Del Natural», los rasgos naturalistas son más firmes. La descripción del enfermo, el saber que su padre alcohólico, que le promete sacarle de ese lugar y llevarlo al campo, lo defraudará, componen un cuadro tétrico, sombrío, donde el pesimismo lo arrasa todo, hasta la vida de ese pobre muchacho que fallece atrapado por la tuberculosis y la desilusión.

En esa media docena de cuentos es posible encontrar algunos toques románticos, en cuanto a la forma, pero preferentemente, esto se descubre en otras historias como *A bordo*, por ejemplo, mientras que el Modernismo que tan bien fue aceptado por nuestro autor, tiene escasas huellas en esta narrativa, y lo más notorio es la posible influencia de Rubén Darío a través de su cuento *El rey burgués* y del que el santanderino solamente ha tomado idea de la esencia, o sea el rechazo de la riqueza por parte del intelectual. En la obra de Barrett este cuento lleva por título, *El bohemio*.

La fantasía

Menor es la cantidad de cuentos fantásticos, aunque eso no atente en absoluto contra la calidad. En este aspecto son tres los relatos destacables: *Sonando*; *La visita* y *El hijo*. De los tres, el primero merece consideración aparte por esos componentes tan escasamente utilizados a principios de siglo, o cuando menos, conocidos por escritores sudamericanos. Barrett nos presenta un mundo basado en otra lógica, o simplemente, una visión diferente a la que vemos cotidianamente, y propia de los sueños. Los personajes no mantienen un comportamiento coherente, parecen flotar más que caminar. Obedecer a otros impulsos, a diferentes instintos. Desde el raro hecho de un profesor dueño de un chimpancé que enloquece e intenta matarlo, hasta ese poeta que lleva su biblioteca enredada en sus largos cabellos, o esa muchacha que se distrae arrancando las alas de los pájaros. Las anécdotas, mínimas, no están imbricadas, cada una parece querer destacar sobre la otra, y dan la sensación de estarse produciendo simultáneamente. No